

del duque de Güeldres. Seguían los alabarderos, los arqueros y los lansquenets con los pomposos trages del siglo XV; sonaban las músicas; la ciudad resplandecía, y por las calles hormigueaba una multitud inmensa venida de todas partes de Holanda á gozar de aquella espléndida vision de una edad lejana.

## EL HAYA.

La embarcacion estaba junto á un puente, en un pequeño remanso formado por el canal que vá de Delft á El Haya, y sombreado por los árboles de la orilla, como el lago de un jardín.

Las embarcaciones que llevan pasajeros de un pueblo á otro, se llaman en holandés *trekschuiten*.

El *trekschuit* es la embarcacion tradicional, emblema de Holanda, como lo es la góndola de Venecia. Esquirós la definió así: «el génio de la antigua Holanda flotando sobre las aguas.» En efecto; el que no ha viajado en *trekschuit* no conoce el aspecto más original y más poético de la vida holandesa.

Es una gran barca ocupada casi toda por un cajon, de la forma de una diligencia, dividido en dos departamentos: el de proa para la segunda clase, el de popa para la primera. En la proa vá clavado un mástil de hierro con una anilla, por la que pasa una larga cuerda, uno de cuyos cabos

va á anudarse junto al timon y el otro al aparejo de un caballo de remolque, montado por un barquero. Las ventanas de la caja tienen cortinillas blancas, las paredes y las puertas están pintadas; en el departamento de primera hay asientos con cojines, un velador con algunos libros, un armario y un espejito; todo aseadísimo. Al colocar la maleta, dejé caer un poco de ceniza de cigarro debajo del velador; pasado un minuto entré y ya no la ví.

Estaba solo; no tuve que esperar mucho; el timonel hizo una seña, el remolcador montó á caballo y el *trekschuit* comenzó á deslizarse blandamente sobre el canal.

Era la una de la tarde y brillaba un sol magnífico, pero la barca caminaba por la sombra. El canal estaba flanqueado por dos filas de tilos, de olmos, de sáuces y de matas altas, que ocultaban la campiña. Parecía que navegábamos por un bosque. A cada vuelta se divisaba una lejana y verde perspectiva y algun molino de viento en la orilla. La otra muralla de verdura que flanqueaba el canal se cortaba de vez en cuando por breve espacio, y entonces se veía como de una ventana el lejano horizonte de la campiña, que se ocultaba de pronto.

De cuando en cuando se encontraba un puente. Agradaba ver la rapidez con que el hombre de á caballo y otro, perenne allí de guardia, hacían

las maniobras para dar paso al *trekschuit*; y cómo los conductores, cuando dos *trekschuiten* se encontraban, se cedían el paso, llevando el uno la cuerda por debajo de la del otro sin decir una palabra, sin saludarse siquiera con una sonrisa, como si la seriedad y el silencio fuesen obligatorios. En todo el camino no se oía más ruido que el de las aspas de los molinos.

Se encontraban barcas cargadas de legumbres, de turba y de piedras, remolcadas con una cuerda muy larga, por un hombre ayudado de un gran perro con una cuerdecita al cuello. Algunas eran remolcadas por un hombre, una mujer y un muchacho, uno detrás de otro, con la cuerda sujeta á un trozo de cuero ó de tela, colocado debajo del pecho; los tres tan inclinados hácia delante que no se comprendía cómo podían tenerse en pié, á pesar de la resistencia de la cuerda. Otras barcas iban remolcadas por una vieja sola. En algunas, iba al timon una mujer con un niño en los pechos, otros niños alrededor, un gato sobre un saco, un perro, una gallina, macetas de flores y jaulas de pájaros. En otras, la mujer calcetaba balanceando una cuna con el pié; en otras se hacía la comida, y en otras toda la familia, ménos uno que remolcaba, comía en corro. No puede decirse la paz que brotaba de aquellos rostros, del aspecto de aquellas casas acuáticas, de aquellos animales, convertidos en cierto modo en anfibios; la placidez de

aquella vida flotante, el aspecto tranquilo y libre de aquellas familias errantes y solitarias. Así viven en Holanda miles de familias que no tienen más casa que la barca. Un hombre se casa, compran los cónyuges una barca, se instalan en ella y llevan los productos de un mercado á otro. Los niños nacen en los canales, son criados y crecen en el agua; la barca lleva los muebles, el corto peculio, los recuerdos domésticos, los afectos, el pasado, todo el bien presente, y todas las esperanzas del porvenir. Se trabaja, se ahorra, y despues de muchos años se compra una embarcacion mayor, vendiendo la antigua casa á una familia más pobre ó dejándosela al hijo mayor, que llevará en ella á su esposa, crecida en otra barca, y vista por vez primera en un encuentro sobre un canal. Y así, de barca en barca, de canal en canal, la vida se desliza silenciosa y tranquila, como la casa vagabunda que la encierra y el agua lenta que la acompaña.

Durante algun tiempo no ví en ambas orillas más que pequeñas casas de aldeanos; luego comencé á ver quintas, kioskos y cabañas medio ocultas entre los árboles, y en los sitios más umbríos, alguna señora rubia, vestida de blanco, sentada, con un libro en la mano; ó algun señor gordo, envuelto en una nube de humo, con el aire satisfecho de un negociante enriquecido. Todas las casitas están pintadas de color de rosa ó azulado,

tienen terrados sostenidos por columnitas, y jardinitos delante ó alrededor, que son preciosísimas miniaturas de jardines. Algunas casas están situadas á la orilla del canal, tocando al agua, y dejan ver las flores, los vasos y las mil brillantes nonadas del interior de los aposentos. Casi todas tienen una inscripcion sobre la puerta, que es como el aforismo de la felicidad doméstica, la fórmula del amo; por ejemplo:—La paz es dinero.—Placer y reposo.—Amistad y sociedad.—Mis deseos están satisfechos.—Sin fastidio.—Tranquilo y contento.—Aquí se gozan los placeres de la horticultura.—Veíase acá y allá alguna vaca negra, acurrucada á la orilla, con el hocico á flor de agua, que levantaba tranquilamente la cabeza para mirar á la barca. Encontrábamos nubes de patos que se apartaban para dejarnos paso. Habia de vez en cuando, á derecha é izquierda, canalillos casi cubiertos por dos altas matas que conservaban sus ramas formando una bóveda de verdura, bajo la que se veían alejarse y desaparecer en la oscuridad las barcas de los aldeanos. De cuando en cuando, en medio de aquella verdura, brotaba de improviso un grupo de casas, un pueblecito pintoresco y lindo, con sus tulipanes y sus espejitos en las ventanas, sin un alma viviente; y aquel profundo silencio era interrumpido solamente por una tocata alegre de algun invisible campanario. Aquello era un paraíso pastoril, un paisaje idílico lleno de

frescura y de misterio; una arcadia chinesca, toda pequeños escondrijos, pequeñas sorpresas, artificios inocentes llenos de belleza, que hacian un efecto semejante al de muchas voces de gente invisible, que dijese muy bajito:—Estamos contentos.

En cierto paraje, el canal se bifurca; un brazo se pierde entre los árboles y vá á Leyden; el otro vuelve á la izquierda y vá á El Haya. Desde este punto, comenzó el *trekschuit* á detenerse, ora delante de una casa, ora frente á la puerta de un jardín para recibir bultos, cartas y recados de palabra que llevar á El Haya.

Un señor anciano salió de una quinta y se colocó junto á mí. Hablaba francés y trabamos conversacion. Habia estado en Italia; hablaba algunas palabras en italiano; habia leído *Les Fiancés*, me pidió detalles de la muerte de Alejandro Manzoni; á los diez minutos ya éramos amigos. El fué quien me dió algunas noticias sobre el *trekschuit*. Para comprender la poesia de esta embarcacion nacional, es preciso hacer en ella largos viajes en compañía de gente del pueblo. Entonces cada uno se instala como en su casa; las mujeres trabajan; los hombres suben á fumar sobre cubierta; comen todos juntos; despues de comer salen de los camarotes para ver ponerse el sol; las conversaciones se hacen más íntimas y la caravana se convierte en una familia. Cae la noche. El *trekschuit* atraviesa como una sombra los pueblos, sumidos en el

silencio, se desliza por los canales plateados por la luna, se oculta en los sitios sombríos, sale al campo abierto, pasa raspando junto á las solitarias casas donde brilla la luz del aldeano, y encuentra barcas pescadoras que pasan á su lado como fantasmas. Entre aquella paz profunda, con aquel andar lento é igual, hombres y mujeres se adormecen poco á poco, unos junto á otros, y la embarcacion no deja tras si más que el confuso murmullo del agua y de la respiracion.

Segun íbamos andando, iban siendo más numerosas las quintas y los jardines. Mi compañero de viaje me mostró un campanario lejano, y nombró el pueblo de Ryswijk, donde fué firmado en 1697 el célebre tratado de paz entre Francia, Inglaterra, España, Alemania y Holanda. Ya no existe el castillo del Príncipe de Orange, donde se reunieron los firmantes, y en su lugar se alza un obelisco.

De pronto, el *trekschuit* salió de entre los árboles y ví una vasta llanura, un gran bosque y una ciudad coronada de torres y molinos de viento.

Era El Haya.

El barquero me pidió el dinero y lo recibió en un saquito de cuero. El remolcador espoleó el caballo. A los pocos minutos entramos en la ciudad, y al cuarto de hora me encontraba en una aseadísima habitacion de la fonda de Turena; ¡quién

sabe! acaso en el mismo aposento donde el famoso mariscal habia dormido de jóven, cuando estaba al servicio de Holanda.

El Haya—en holandés S'Gravenhage ó S'Hage, —la capital política, la Washington de Holanda, cuya Nueva-York es Amsterdam, ciudad medio holandesa y medio francesa, con anchas calles sin canales, espaciosa plaza llenas de árboles, magníficas casas, espléndidos alojamientos, es una poblacion compuesta en gran parte de ricos negociantes, de nobles, de empleados, de literatos, de artistas, y de un pueblo más refinado que el de las demás ciudades holandesas.

En la primer vuelta que dí por la ciudad, lo que más me llamó la atención fueron los barrios nuevos, donde habita la flor de la aristocracia del dinero. En ninguna parte, ni aun en el barrio de San German en París, me creí tan pobre diablo como en aquellas calles. Estas son anchas y rectas, flanqueadas por palacios de esbeltas formas y hermosos colores, con grandes ventanas sin persianas, por las que se ven los tapices, los tiestos de flores y los suntuosos muebles de las salas bajas; con todas las puertas cerradas; y ni una tienda, ni un anuncio en las paredes, ni una mancha, ni una brizna, aunque se busque con cien ojos. Cuando pasé por aquellas calles, reinaba profundo silencio. Solo de cuando en cuando, encontraba algun carruaje aristocrático que rodaba sobre el pavimen-

to casi sin producir ruido, y veia alguna rubia cabeza mujeril detrás de las cortinillas. Pasando por junto á las ventanas, observé con el rabillo del ojo mi mezquino traje de viajero, reflejado despiadadamente por los grandes vidrios; me arrepentí de no llevar guantes, sentia cierta humillacion por no ser, á lo ménos, noble de nacimiento, y me parecia oír aquí y allá voces calladas que decian:— ¿Quién es aquel Adán?

La parte más notable de la ciudad vieja es el Binenhof; un grupo de edificios antiguos, de diversos estilos arquitectónicos, que por dos lados mira á dos vastas plazas y por otro á un estanque grande. En medio de este grupo de palacios, de torres, de puertas monumentales de carácter de la Edad Media y siniestro aspecto, hay un espacioso patio al que se entra por tres puentes y tres puertas. En uno de aquellos edificios residían los Statolders y está ahora la segunda Cámara de los Estados generales; en la parte opuesta está la primera Cámara, los Ministerios y otras oficinas de administracion pública. El Ministerio de lo Interior tiene sus oficinas en una pequeña torre baja, negra, lúgubre, que cae á plomo sobre las aguas del estanque.

El Binenhof, la plaza que se extiende al Occidente, llamada Buitenhof, y otra plaza, llamada Plaats, que hay al otro lado del estanque—á la que se llega pasando por una antigua puerta que

perteneció á una prision—fueron teatro de los más sangrientos acaecimientos de la historia de Holanda.

En el Binenhof fué decapitado el venerable Van Olden Barneveldt, el segundo fundador de la República, la víctima más ilustre de la lucha secular entre el patriciado burgués y el statolderado, entre el principio republicano y el principio monárquico, que tanto daño hizo á Holanda. El patíbulo fué levantado delante del edificio donde se congregaban los Estados generales. En la parte opuesta está la torre, de donde se dice que Mauricio de Orange presenció, sin ser visto, el suplicio de su enemigo. En la prision que hay entre las dos plazas, fué atormentado Cornelio de Vitt, injustamente acusado de haber conspirado contra la vida del Príncipe de Orange. En el Plaats fueron arrastrados por el pueblo furioso, heridos y ensangrentados, Cornelio y Juan de Vitt, y allí escupidos, golpeados, muertos á golpes de pica y á pistoletazos, y despues mutilados y vilipendiados sus cadáveres. En la misma plaza fué asesinada Adelaïda de Poelgest, amada de Alberto, Conde de Holanda, el 22 de Setiembre de 1392, y aún se muestra la piedra sobre que cayó espirante.

Estos funestos recuerdos, aquellas puertas macizas y bajas, aquel desordenado grupo de edificios oscuros que, por la noche, cuando dá la luz de la luna en las aguas del lago muerto, ofrecen el as-

pecto de un castillo enorme é inaccesible, despierdan en medio de la ciudad tan hermosa y alegre un sentimiento de solemne tristeza. Por la noche, el patio no está iluminado más que por algun farol que otro; las pocas personas que transitan, apresuran el paso como si tuviesen miedo; no se oye el ruido de los pasos, ni se ve una sola ventana iluminada; se entra allí con cierta vaga inquietud y se sale casi con placer.

Fuera de esto, El Haya no tiene monumentos notables antiguos ni modernos. Hay algunas estatuas mediocres de diversos príncipes de Orange, una catedral vasta y desnuda y un palacio real modesto. En muchos edificios públicos se ve esculpida una cigüeña, que es el animal heráldico de la ciudad. Algunas de estas aves pasean libremente por la plaza del mercado de peces, mantenidas á expensas del Municipio como los osos de Berna y las águilas de Ginebra.

El ornamento más bello de El Haya es su bosque; una verdadera maravilla de Holanda y uno de los más magníficos paseos del mundo.

Es un bosque de encinas y hayas de los más grandes que se ven en Europa—de una legua francesa de circunferencia—situado al Oriente de la ciudad, á pocos pasos de las últimas casas; un verdadero oasis delicioso en medio de la melancólica llanura holandesa. Apenas se ha entrado, apenas se han pasado los pabellones, las casitas suizas y

los kioscos sembrados entre los primeros árboles, parece que se ha perdido uno en bosque interminable y solitario. Los árboles son muy espesos, las veredas se pierden en la oscuridad; hay lagos, canales casi ocultos por la verdura de las orillas, puentes rústicos, encrucijadas de sendas abandonadas, rincones ocultos, oscuridades profundas y frescas donde parece que se respira el aire de una naturaleza virgen y se está infinitamente apartado de los ruidos del mundo.

Este bosque, que como el de la ciudad de Haarlem, quieren algunos que sea el resto de un inmenso bosque que cubria antiguamente casi toda la costa de Holanda, es respetado por los holandeses como un monumento de su historia nacional. En efecto, en la historia de Holanda se encuentran muchísimos hechos que se refieren á ellos, y que prueban que en todo tiempo tuvieron gran cuidado de su conservacion. Los mismos generales españoles, respetando esta especie de culto nacional, preservaron el bosque sagrado de las injurias de los soldados. En más de una ocasion de graves apuros pecuniarios, cuando el Gobierno estaba dispuesto á decretar la destruccion para vender la madera, los ciudadanos conjuraron el peligro con una oblaion voluntaria. Mil recuerdos están ligados á este bosque querido: recuerdos de huracanes espantosos, recuerdos de amores de príncipes, de fiestas célebres, de aventuras romancescas. Algu-

nos árboles llevan nombre de reyes y emperadores, otros de electores alemanes; una haya goza fama de haber sido plantada por el gran pensionista y poeta Jacobo Catz; otras tres por la Condesa de Holanda, Jacobina de Baviera, y aun se muestra el sitio donde solia reposar en sus paseos. Hasta dejó recuerdo allí el mismo señor Voltaire, que tuvo no sé qué intriga galante con la hija de un peluquero.

En el fondo del bosque, donde la pequeña vegetacion, presa de fúria conquistadora, sube, se amontona, trepa por los árboles, se tiende por los senderos, flota sobre las aguas é intercepta por todas partes el paso y la vista, como si quisiera ocultar los misterios de alguna olvidada divinidad silvestre, se esconde un pequeño palacio real, una especie de *Casa del Labrador* de Aranjuez, construida en 1647 por la Princesa Amelia de Solms, en honor de su marido Federico Enrique el Statolder.

Cuando fuí á visitar este palacio, mientras estaba buscando con los ojos la puerta de entrada, ví salir y subir en un carruaje á una señora de aspecto noble y benévolo, que tomé por una viajera inglesa que habia terminado su visita. El carruaje pasó á mi lado, me quité el sombrero, la señora saludó con la cabeza y desapareció.

Un momento despues, supe por una camarista de palacio que aquella «viajera» era nada ménos que S. M. la Reina de Holanda.

Sentí una ligera conmoción en la sangre. La palabra «Reina» me ha hecho siempre, aparte de la persona á que se refiera, este mismo efecto; y no puedo decir claramente el por qué. Acaso porque me recuerda ciertas visiones luminosas y confusas de la adolescencia. La imaginación amorosa de un muchacho de quince años, unas veces se arrastra por la tierra y otras se lanza con aspiraciones y deseos monstruosamente audaces á una altura vertiginosa. Sueña blancuras sobrehumanas, perfumes que producen delirios y voluptuosidades que hacen caer heridos del rayo, y supone que todo esto se encuentra en las misteriosas criaturas que la fortuna ha colocado en lo más alto de la escala social. Y entre los mil casos extraños, insensatos, imposibles, que se aposentan en su imaginación en las noches de fiebre, sueña hasta con franquear en las tinieblas, con su agilidad infantil, muros altísimos, cancelas formidables, fosos profundísimos, atravesar corredores sin fin, en medio de gente adormecida, y salas inmensas, en silencio; subir por escaleras aéreas, trepar por los resaltes de una torre—exponiendo su vida—á una tremenda altura, sobre los grandes árboles de un jardín iluminado por la luna; y por último, llegar rendido y ensangrentado á un balcon y allí oír de una voz celestial palabras de compasión profunda, y responder con otras palabras de una ternura inmensa; prorrumpir en llanto, invocar á Dios, in-

clinar la frente sobre el mármol, cubrir de besos desesperados un pié centelleante de perlas, abandonar el rostro sobre los perfumados rasos y sentir cómo se escapan la razón y la vida en un abrazo más fuerte que la naturaleza humana.

En aquel palacio, llamado el *Palacio del Bosque*, hay, entre otras cosas notables, una sala octógona cubierta desde el suelo al techo de pinturas de los más célebres artistas de la escuela de Rubens; entre ellas, un descomunal cuadro alegórico, de Jordaens, que representa la apoteosis de Federico-Enrique; una sala llena de preciosos regalos del Emperador del Japon, del Virey de Egipto y de la Compañía de las Indias; y otra elegante salita decorada de pinturas al claro-oscuro, que se toman aun fijándose por bajos relieves: obra de Jacob de Vitt, pintor que adquirió por su arte un gran renombre al principio del siglo pasado. Las demás salas son pequeñas, bonitas, pero sin lujo, y llenas de tesoros que no hieren la vista, como conviene á la grande y modesta casa de Orange.

Me pareció extraña la costumbre de dejar entrar en palacio á los extranjeros en el momento que salía la Reina, pero ya no me hizo efecto cuando conocí otras costumbres, [otros rasgos populares, el carácter, en una palabra, de la familia real de Holanda.

El Rey, en Holanda, es mirado casi más como

Statolder que como Rey. Hay en él—como decia del Duque de Aosta aquel republicano español—*la menor cantidad de Rey posible*. El sentimiento que tiene el pueblo holandés por la familia real no es tanto de devocion á la familia del Monarca, como de afecto á la casa de Orange que participó de todos sus triunfos y de todas sus desventuras, y que vivió, puede decirse, su misma vida, por espacio de tres siglos. El país en el fondo es republicano, y su monarquía es una especie de presidencia coronada, sin ningun fausto monárquico. El Rey pronuncia discursos en los banquetes y en las fiestas públicas, como entre nosotros los Ministros, y tiene fama de orador porque improvisa, tiene voz potentísima y cierto ímpetu de elocuencia militar, que excita indecible entusiasmo en el pueblo. El Príncipe heredero, Guillermo de Orange, estudió en la Universidad de Leyden, sufrió sus exámenes públicos y tomó el título de abogado. El Principe Alejandro, segundogénito, está ahora estudiando en la misma Universidad, es miembro del Club de los estudiantes, y convida á comer á sus profesores y condiscípulos. En El Haya, el Príncipe Guillermo entra al café, conversa con sus vecinos y vá por la calle en compañía de sus jóvenes amigos. En el bosque, la Reina se sienta en cualquier banco al lado de una pobre mujer. No puede decirse que obran así—como otros Príncipes—por adquirir popularidad, porque

la familia de Orange no puede adquirirla ni perderla, no habiendo en aquel pueblo, republicano por naturaleza y por tradicion, ni un indicio de partido que, no digamos que quiera la república, pero que ni aun pronuncia su nombre. Por el contrario, aquel pueblo que ama y venera á su Rey; que en las fiestas en su honor desengancha los caballos de su carruaje y hace que todos lleven una escarapela anaranjada en homenaje al nombre de Orange, en los tiempos ordinarios apenas si se ocupa de él ni de su familia. En El Haya me costó mucho trabajo saber qué grado tenia en el ejército el Príncipe heredero. Uno de los principales librereros de la ciudad, á quien le hice tal pregunta, se admiró de mi curiosidad, que le pareció pueril, y me dijo que probablemente no encontraria en El Haya toda cien personas que supiesen darme una respuesta.

La residencia de la córte es El Haya; pero el Rey pasa una buena parte del verano en un castillo en Güeldres, y vá todos los años á pasar algunos dias en Amsterdam. El pueblo dice que hay una ley que obliga al Rey á pasar en Amsterdam diez dias cada año y al Municipio de aquella ciudad á pagar sus gastos aquellos diez dias; pero que apenas dan las doce de la noche del undécimo, un fósforo que encienda Su Majestad para fumar, es ya por su cuenta.

Al volver de la posesion real á El Haya, ví el